

## Murcia

Francisco Navarro Avilés, 66 años

Remedios de los Reyes, 18 años

### UNA VIDA DE DEDICACIÓN

Francisco me recibe en una pequeña sala del Centro Social de Mayores de Esparragal. Estoy un poco nerviosa, pero la sonrisa y la mirada afable de Francisco me dan confianza enseguida. Él no parece muy convencido de que su historia sea interesante, y me enseña unas páginas que ha escrito sobre su vida. Me resulta curioso que se haya tomado la molestia de escribir. El relato es muy emotivo. Muy pronto empiezo a sentir simpatía por él. Indago, le hago preguntas... y entre lo que él me ha ofrecido y yo puedo anotar, escribo su historia.

Francisco sabía qué quería estudiar. Por eso, a los 17 años ingresó en la Escuela de Magisterio de Murcia. Todas las mañanas iba pedaleando a clase, donde disfrutaba tanto de las lecciones como de los compañeros. Francisco se sentía feliz pensando que en tres años tendría un buen trabajo y una vida cómoda, al contrario de la dura vida en el campo que le esperaba si seguía los pasos de su padre. Pero, en enero de 1958, cuatro meses después de su ingreso en la Escuela, el padre de Francisco decidió comprar una panadería. Y, claro, iba a necesitar toda la ayuda posible para sacar el negocio adelante. Así se vio truncado el sueño de Francisco, que cambió los libros y la escuela por la masa y la artesa.

Todas las noches las pasaban Francisco y el maestro panadero amasando el pan. Era un trabajo agotador, pues se hacía todo manualmente y había que amasar una enorme cantidad cada noche. En aquella época había mucha demanda de pan y hacía falta venderlo para sacar adelante a la familia.

Pero el esfuerzo de Francisco no terminaba con el agotador trabajo nocturno, sino que tenía que salir a repartir el pan recién hecho. Por las mañanas, sin haber pegado ojo en toda la noche, repartía el pan con la misma bicicleta con la que hacía tan poco tiempo iba a la Escuela. Desde las seis de la mañana hasta el mediodía, Francisco recorría su pueblo y otros cercanos. Una vez acabada la tarea, caía rendido en la cama y, en un suspiro, volvía a estar amasando.

Así eran sus jornadas. Día tras día, sin un minuto de descanso. Debido al brusco cambio de vida, su cuerpo se resintió. Le cambió el metabolismo, el humor... Pasó a vivir la vida como un sonámbulo: amasar, repartir, dormir... Un ciclo que se repetía una y otra vez. Los fines de semana dejaron de existir para él, así como el salir con los amigos. Su vida se resumía en el negocio familiar. Pero no sólo el hecho del brusco cambio le afectó, sino también el ver a sus antiguos compañeros de clase viviendo la vida que él hubiera vivido. Los vio divertirse, estudiar, ir a clase... Y en tres años que para él pasaron como un suspiro, ellos tenían un trabajo mucho más cómodo que el suyo, y una vida mucho más fácil.

Contemplar como espectador la realización de su sueño por sus antiguos compañeros de clase era muy duro, pero no sólo le sucedió en la calle. También en su propia casa presenció cómo su hermano pequeño se licenciaba. Francisco no podía evitar los sentimientos contradictorios: por un lado le hacía feliz ver a su hermano convertido en todo un hombre, con una carrera universitaria, y le llenaba de orgullo; por otro, lo sentía como una injusticia. ¿Por qué su hermano sí, y él no? ¿Por qué él no había podido llevar la vida fácil de sus compañeros de Magisterio? La realidad es que todos somos humanos y tenemos sentimientos que a veces no nos agradan; por ello, Francisco muy pronto dio de lado este resentimiento. Él quería mucho a su hermano y el orgullo y la alegría podían mucho más que la envidia. Además, Francisco siempre ha sido un hombre práctico. Sabía que su camino ya estaba trazado y que no merecía la pena lamentarse.

Muchos años más tarde, al heredar la panadería, ya no tenía que hacer el trabajo duro y su vida transcurrió más relajadamente, aunque la vida de un panadero nunca puede ser relajada del todo. Crió a sus hijos

en la casa que compró con el dinero que tanto esfuerzo le había costado ganar, justo encima de su panadería.

Sin embargo, el devenir de los años trajo a Francisco un nuevo golpe. Más que un golpe, una profunda decepción. Su hijo mayor decidió dejar el instituto. Francisco no se explicaba cómo un chico tan listo desaprovechaba la oportunidad que a él le había sido arrebatada. Se vio en el drama que viven muchísimos padres: tras haber trabajado con sudor y sangre para sacar adelante a sus hijos y que éstos pudieran tener la oportunidad de estudiar, los hijos toman la decisión contraria. A Francisco le habían arrebatado su sueño, y su hijo, sin comprender lo difícil que había sido para su padre llegar hasta donde estaba, había decidido que no quería aprovechar su oportunidad. Hoy en día es su hijo quien se ocupa de la panadería en lugar de Francisco. Él sabe que es una decisión que ya está tomada y que no puede hacerle cambiar de opinión, pero aún así, la tristeza y la rabia empañan su voz cuando me habla sobre estos acontecimientos.

Por suerte, la vida es hoy mucho más fácil que cuándo Francisco tuvo que abandonar los estudios. Él ya no pudo retomar lo que había dejado; no pudo vivir su sueño truncado. Desde ese día, hace 50 años, en el que Francisco tuvo que abandonar los estudios, su familia ha sido su motor. Si Francisco lo dejó todo fue para ayudar a sus padres y darle a su hermano una oportunidad de llevar otra vida. Si nunca se ha rendido, ante ninguna dificultad, ha sido por sus hijos. Ésta es la historia de un hombre entregado, generoso, trabajador y responsable. La historia de un hijo y un padre, de un hombre que entregó sus sueños y su vida porque su familia así lo requería. Estoy segura de que todas las personas que conozcan a Francisco estarán de acuerdo en que, si hay una palabra que pueda definirle, esa es dedicación.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Francisco no duda ni un momento cuando me dice qué es lo que vale la pena de la vida: los hijos. Él no recuerda un momento tan emocionante como cuando vio nacer a su primogénito. Francisco es un hombre sencillo, sin grandes ambiciones, que vive para los suyos. La piedra angular de este hombre siempre ha sido su familia, tanto cuando él era el hijo, como cuando fue padre. Esto es lo que le ha enseñado la vida y lo que él me ha enseñado a mí. Tal vez no sea producto de una profunda reflexión, ni algo poético o hermoso. Simplemente, es lo que todos tenemos y muchos no sabemos apreciar: la familia. Y encontrar a un hombre tan dedicado a la suya como Francisco Navarro resulta alentador en este mundo en el que cada vez nos preocupamos menos por los demás y nos cuesta más apreciar el esfuerzo y el amor de personas como él.